

1/17150

ELOGIO

DEL EXCMO. SEÑOR

DON JOSÉ SOLANO DE LA MATALINARES,

MARQUÉS DEL SOCORRO,

LEIDO EN LA

SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID

y en la solemne sesión dedicada al efecto el 28 de Marzo de 1882,

POR EL ILMO. SEÑOR

DON MANUEL DE FORONDA Y AGUILERA.



MADRID:

IMPRENTA DE FONTANET,

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

—
1882.



A. S. Real Acad: Matitena de jurisprudencia,
Legislacion.

homenaje del Académico profesor

Martín de Joronda

~~44. D.~~

ELOGIO

DEL

EXCMO. SEÑOR D. JOSÉ SOLANO DE LA MATALINARES,

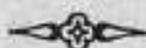
MARQUÉS DEL SOCORRO.

PAP.

REAL ACADEMIA

DE

JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN



BIBLIOTECA

Núm.

Estante /

Tabla *4 20*

OBSERVACIONES

.....

.....

.....

1894

1 ~~LV~~
~~C-75~~
1/17/180

ELOGIO

DEL EXCMO. SEÑOR

DON JOSÉ SOLANO DE LA MATALINARES,

MARQUÉS DEL SOCORRO,

LEIDO EN LA

SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID

y en la solemne sesión dedicada al efecto el 28 de Marzo de 1882,

POR EL ILMO. SEÑOR

DON MANUEL DE FORONDA Y AGUILERA.



MADRID:

IMPRENTA DE FORTANET,

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

—
1882.

Publicado en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid.*

SEÑORES:

Reinaba en España el ilustre Carlos III, el protector de las ciencias y las artes, el preclaro monarca para quien el engrandecimiento moral y material del país, era objeto constante de sus cuidados y desvelos; el príncipe ilustre, que al mismo tiempo que dotaba á su reino de sabias instituciones que favorecieron en gran manera el desarrollo de la agricultura y de la industria y levantaba los suntuosos edificios públicos que España é Italia admiran, no descuidó un solo instante, cuanto se relacionaba con la conservación y aumento del territorio español. Sus empresas militares conocidas son de todos vosotros. Lafuente y Ferrer del Río os las describen con tan brillante colorido, que osadía imperdonable fuera en mí el tratar sólo de bosquejarlas.

Por eso no traigo á vuestra memoria el famoso cerco de Gibraltar, plaza cuya posesión por Inglaterra tanto preocupó al insigne monarca; por eso no os recuerdo sus heroicos esfuerzos por recuperarla, ni la penosa impresión que, en su elevado espíritu, causara la triste nueva del fracaso de tan anhelada reconquista; desgracia que, á pesar de lo dolorosa que fué para Carlos III, no por eso hizo desmayar su ánimo; que— como dice Lafuente, tomándolo de un escritor italiano— siempre el monarca español había hecho ver al mundo, que nunca se mostraba más fuerte que después de los infortunios, aserto que confirmó en esta ocasión, el ahinco con que se dedicaron él y sus ministros á reparar las consecuencias de aquel desastre y del pernicioso ejemplo que las colonias anglo-americanas habían dejado ya sentir en las españolas.

La escuadra inglesa al mando de Rodney hacía rumbo de Gibraltar para las Indias occidentales. Allá envió también Carlos III para asegurar sus posesiones del Nuevo Mundo al jefe de escuadra *D. José Solano*, con 12 navíos de línea y 8 fragatas, escoltando un convoy de 42 embarcaciones con el cual se dió á la vela en Cádiz el 28 de Abril de 1780. Cómo, Solano

realizó esta atrevida expedición hasta llegar á incorporarse, cerca de la Dominica, con el almirante francés Guichen, burlando hábilmente la vigilancia de Rodney que, unido á Parker, intentaba cortarle el paso y batirle, todos lo sabéis, é inútil es que yo me detenga á encomiarlo, cuando todos, amigos y adversarios, lo estimaron en su justo valor, y cuando la historia ha sancionado ya con su más satisfactorio veredicto, tan insigne acto de pericia naval.

Sitiada por nuestras tropas á las órdenes del mariscal de campo D. Bernardo Galvez, se hallaba Panzacola. Terrible era el fuego que las baterías enemigas hacían á los sitiadores y grande la consternación que causaron en nuestra tropa las dos heridas que el caudillo español recibió y que sufrió imperturbable sin abandonar su puesto.

En estos críticos instantes—19 Abril 1781—recibe Galvez la noticia de hallarse á la vista 14 embarcaciones, entre ellas algunas de guerra. Su alarma sube de punto al considerar verosímil que aquellas naves fueran el socorro que el enemigo esperaba. Sábese después que se descubrían hasta 21 de aquellas y que aunque á algunos les parecían españolas, como de este refuerzo no llevara noticia el correo de la Ha-

bana, recibido el día antes, se aumentaron los cuidados del general y de sus fieles soldados; zozobras que se trocaron en alegría y contento indescriptible al regreso del oficial, que al efecto enviara Galvez á la bahía; con las felices nuevas de que el jefe de escuadra *D. José Solano*, después de una difícil travesía y luchando con los furiosos elementos hasta el punto de haberle hecho varar cerca de las costas, á alguna de las más importantes fragatas, venía en socorro de sus hermanos de armas, y se hallaba ya cerca de la isla de Santa Rosa con 15 navíos, 3 de aquellas, otras embarcaciones y 1.600 hombres de desembarco á las órdenes del mariscal de campo *D. Juan Manuel Cagigal*, refuerzos oportunamente enviados de la Habana por la junta de generales que, al tener noticia de que 8 navíos ingleses y varias fragatas y trasportes se habían dejado ver hacia el cabo de San Antonio y temiendo que fueran en auxilio de Panzacola, había determinado el instantáneo embarque de aquellas tropas á fin de que no se malograra, como felizmente no se malogró, la expedición de Galvez, quien á los pocos días, logró ver ceñida su frente y la de sus soldados con el preciado laurel de la victoria.

Grande fué la pericia que en su gloriosa car-

rera, y principalmente en aquellas dos difíciles y arriesgadas expediciones demostró el jefe de escuadra *D. José Solano*, y grande fué el aprecio que Carlos III hizo de estos servicios, cuando poco tiempo después y como merecida recompensa de tan brillantes hechos, le otorgó el noble título de *Marqués del Socorro*, recuerdo permanente y glorioso del que con la escuadra de su mando prestó el ilustre abuelo del respectable consocio, cuya pérdida en esta solemne sesión conmemoramos.

Del matrimonio de este *D. José Solano y Bote*, capitán general de la Real Armada, caballero de la Orden de Santiago, gran cruz de la de Carlos III y primer Marqués del Socorro, con la Excma. Sra. Doña Rafaela Ortíz de Rozas y Ruiz de Bribiesca, dama noble de la reina María Luisa, é hija del primer Conde de Poblaciones, nació *D. Francisco Solano y Ortíz de Rozas*, que más tarde fué Marqués del Socorro, caballero de las Ordenes de Santiago y de San Juan de Jerusalem, teniente general de los ejércitos nacionales y capitán general de Andalucía.

De la unión de éste, con la Excma. señora Doña Javiera de la Matalinares y Barrenechea, Condesa del Carpio y Marquesa de la Solana,

*

nació en Madrid el día 8 de Mayo de 1802 nuestro D. José Solano de la Matalinares, heredero no sólo de aquel ilustre título, sino de las virtudes, probidad y patriotismo que tanto enaltecieron á sus beneméritos ascendientes; y no parece sino que al recibir el agua de la gracia en las fuentes bautismales de la parroquia de San Martín, derramó sobre él la Divina providencia un tesoro de virtudes morales y cívicas, cuya práctica constante fué la norma de todos los actos que informaron su larga y laboriosa vida.

A poco de nacer fué llevado á Cádiz, residencia entonces del capitán general de Andalucía, cuyo cargo acababa de obtener su señor padre. Allí y cuando apenas contaba cuatro años de edad vió penetrar en la bahía un navío español casi desarbolado, perseguido hasta la entrada del puerto por una fragata inglesa, el día de la memorable batalla de Trafalgar cuyo acontecimiento, así como el entierro del general Gravina que también presencié, recordaba y refería á sus deudos y amigos, con aquella prodigiosa memoria de que nuestro Marqués del Socorro se hallaba dotado, facultad que conservó con extraordinaria lucidez hasta sus últimos días.

Muerto, desgraciadamente su señor padre,

víctima de la envidia de algunos que supieron explotar las pasiones populares, pasó con su afligida madre á esta corte, y luego á Bilbao, donde estudió las primeras letras y el dibujo y más tarde á Valladolid en cuyos establecimientos de enseñanza cursó las humanidades; pero el estado de intranquilidad que en aquella época dominaba, no permitía dedicarse de una manera seria y constante á los estudios. Las instituciones en peligro reclamaban el concurso de aquella juventud fogosa y patriótica y nuestro Marqués del Socorro, como otros tantos jóvenes ilustres de aquella época, trocando las hojas del Nebrija, del Calepino de Salas, del Guevara y del Jaquier por la de la espada, y cuando apenas contaba 18 años de edad, acudió en 1820 á la defensa de la patria teniendo ingreso en las milicias provinciales en calidad de teniente sin sueldo, siendo agregado al Estado Mayor, en cuyo concepto hizo toda la campaña hasta 1823, á las órdenes del Conde de la Bisbal y del general Burriel, y mereciendo en este último año ser propuesto, por méritos de guerra, para el empleo de capitán y la cruz de San Fernando. Refugiado en Cádiz con el ejército liberal, al cual pertenecía, pidió y obtuvo su licencia absoluta. De regreso á Madrid volvieron



á despertarse sus primitivas aficiones. El estudio de las matemáticas y el de las ciencias físicas y naturales, le absorbió por completo y ya en las enseñanzas del gabinete de Historia Natural y en las del Jardín Botánico, ya en las del Palacio Real, en las que tuvo la suerte de concurrir á las explicaciones del renombrado D. Juan Mieg, en todas partes, nuestro Marqués del Socorro brillaba por su aplicación constante, clara inteligencia y aprovechamiento en sus estudios, que se vieron dignamente coronados con el título de arquitecto de la Real Academia de San Fernando, obtenido, como término de su carrera tras brillantes ejercicios, en 13 de Marzo de 1831.

Y en este punto, puede decirse que comienza la época de su vida en que deja de pertenecerse á sí mismo, para dedicarse en cuerpo y alma al servicio de la ciencia y de sus conciudadanos ya desempeñando diversos cargos políticos y administrativos, ya formando parte y dirigiendo diversas instituciones científicas, y artísticas, ya fundando otras, ya contribuyendo al mejoramiento moral y material de las clases menos acomodadas en varias de las corporaciones que, para bien de la humanidad, funcionan en nuestra patria.

Ante todo, conviene hacer constar que aquellas inclinaciones liberales que de 1820 á 1823 manifestara, no se habían disipado de su corazón—como hijas que eran de sus profundas y arraigadas convicciones religiosas—y así fué que pagó también el tributo de su época, sirviendo en la Milicia Nacional de Madrid y en la compañía de granaderos del 4.º batallón, del cual llegó á ser elegido comandante; honor que declinó por impedirle sus continuos estudios el desempeño del cargo, con todo el celo y asiduidad que él prestaba á todo aquello que se confiaba á su cuidado. El fomento de los intereses morales y materiales de Madrid y su provincia, no podía menos de reclamar sus preferentes cuidados, y así fué que en 1836, como diputado provincial; en 1841, como alcalde 5.º, y en 1842 y 43 como alcalde 4.º supo captarse el aprecio de sus administrados, que estimaron sus calidades de rectitud y probidad y sus intachables condiciones como hombre de administración hasta el punto de concederle la reelección de concejal en 1856.

Numerosas fueron las comisiones de que, tanto en la Diputación provincial como en el Ayuntamiento, formó parte, y numerosos los dictámenes en que demostró su competencia,

no sólo en los asuntos encomendados por las leyes á aquellas corporaciones populares sino en la Junta consultiva de Policía urbana, cuya depositaria de fondos ejerció en los dos años que tuvo de duración tan útil y conveniente Asamblea.

Ya en 1839 formaba parte de la Junta municipal de Beneficencia, en la cual hasta 1843, y en la parroquial en 1854, por su asiduidad en el trabajo y por la unción con que realizaba los fines de tan benéficas instituciones, el Marqués del Socorro se hallaba tan identificado en la práctica de la denominación de su título nobiliario que sus inclinaciones religiosas y caritativas le hicieron ejemplo vivo de virtud cristiana.

Do quier que el desvalido demandaba un socorro, allí estaba nuestro Marqués para otorgarle, y esto era tan corriente para sus vecinos que todavía se recuerdan las curiosas escenas acaecidas en su casa-palacio, cuando se fundaron por el Ayuntamiento las Casas de Socorro, casas, que el público menesteroso de su distrito no podía convencerse de que fuesen otras que la del Marqués del Socorro, á la cual acudían en demanda de auxilios que siempre se les otorgaban, porque era cosa sabida que

cuantos necesitados llamaban á aquella puerta, nunca lo hacían en balde.

Y no sólo la caridad privada le era deudora de servicios preferentes, que muy importantes los prestó á la beneficencia general en la visita que se le encomendara en 1838 al Hospital general, acerca de cuyo estado y administración evacuó un luminosísimo informe.

Conocedor el Gobierno de las especiales dotes científicas de nuestro consocio, le confirió en 1854 el cargo de presidente de la Comisión especial de Información acerca de la superintendencia de las minas de Almaden.

Todos ó la mayor parte de los que tenéis la bondad de escucharme habréis podido establecer prácticamente la comparación de lo que era Madrid en 1850 y lo que es hoy, merced á la iniciativa del hombre insigne, del estadista incomparable, del nunca bastantemente elogiado D. Juan Bravo Murillo, que venciendo dificultades sin cuento, logró dotar á la capital de España de un caudal de aguas que envidian la mayor parte de las capitales del mundo, merced al cual esta muy heroica villa y corte va operando una transformación tal, que si nuestros abuelos la vieran hoy, dudarían si se hallaban en la villa del oso y del madroño que

ellos conocieron. Pues bien, nuestro Marqués del Socorro había necesariamente de tener su parte de gloria y de trabajo en este progreso de su villa natal. Creado el Consejo de Administración del canal de Isabel II, desempeñó el cargo de consejero desde su fundación, y al fallecimiento del inolvidable Conde de Sástago, nuestro Marqués ocupó la presidencia de tan benemérita Junta hasta que en 1867 acordó el Gobierno su disolución.

Hasta aquí, señores, los que podemos llamar servicios administrativos, y más ó menos relacionados con la política.

No digamos nada del imperecedero recuerdo que deja el paso de nuestro Marqués por la Sociedad Económica Matritense, ni de su asidua laboriosidad en la misma; porque en aquella benemérita institución, donde figuraba con el número 2 en el escalafon de antigüedad, había recibido las mayores pruebas de estimación que otorgarse pueden al amigo del país con su elección para los cargos de censor y presidente que tan acertadamente desempeñara.

No nos extendamos tampoco á relatar cuánto deben el trabajador honrado y el industrial laborioso, al Marqués del Socorro, por la asidua participacion en los trabajos de la primera junta

que, en Julio de 1839 se nombró para compartir las penosas tareas que desde 17 de Febrero del mismo año se impusieron los beneméritos y filántropos fundadores de la Caja de Ahorros (hoy digno complemento del benéfico Monte de Piedad) señores Marqués viudo de Pontejos, Arratia y Mesonero Romanos, y veamos ahora lo que las artes y las ciencias debieron al benemérito Marqués del Socorro.

Natural era que al que con tanto lucimiento recibiera el título de arquitecto de la Real Academia en 1831, le fueran abiertas las puertas de aquella docta corporación y así fué que en 1836 obtuvo la distinción de ser nombrado académico de honor de la de Nobles Artes de San Fernando, en la cual después del cargo de Consiliario que le fué conferido en 1845, recibió la suprema investidura de Presidente en 1853, la cual posteriormente dimitió, no sin haber dado antes relevantes muestras de su competencia y laboriosidad en las diferentes comisiones técnicas que se le confiaron y entre las cuales, la referente á los estudios de aplicación del Colegio de San Clemente de Bolonia y la Comisaría Regia de la Escuela superior de Arquitectura que desempeñó hasta Octubre de 1868, merecen citarse en este lugar; sin que por ello demos

al olvido las acertadas disposiciones, con que tanto contribuyó al desarrollo de la industria nacional en todos sus ramos, mientras desempeñó el cargo de vicepresidente del Instituto industrial de España desde su creación en 1840.

Pero allá donde mayores servicios prestó á la ciencia, donde lució más gallardamente sus dotes de hombre científico, porque los estudios á que la corporación se dedicaba eran los más en armonía con sus inclinaciones y aptitud, fué en la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, en cuya creación intervino tan directamente.

En efecto: el Marqués del Socorro fué elegido, en 1834, individuo de la antigua Academia de Ciencias naturales de Madrid. Bien pronto sus estudios y competencia en las materias de que se ocupaba aquella docta reunión, le hicieron distinguirse entre todos sus dignos compañeros, que le confirieron al punto el cargo de Tesorero, más tarde el de Vicepresidente, y por último, el de Presidente hasta la disolución de aquella Academia, dando en todo este tiempo tales muestras de su ciencia é interés por la corporación que le valieron uno de los encargos más honrosos que al hombre pueden conferirse.

El Gobierno de S. M. que se hallaba penetrado de los grandes servicios que prestaban á las letras, á las ciencias y á las artes las Reales Academias Española, de la Historia, de Bellas Artes de San Fernando y de Medicina, y comprendiendo la necesidad, tantas veces expuesta por el Marqués del Socorro, de la creación de una Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales que igualara á aquellas en prerogativas y en la cual tuvieran ancho campo para sus estudios y discusiones los hombres más eminentes que se dedican en España á tan importantes ramos del saber humano, comisionó á nuestro Marqués, en su calidad de Presidente de la Academia de Ciencias naturales para que propusiera los individuos que habían de constituir la Real Academia de cuya fundación se trataba y cuya instalación facilitó con generoso desprendimiento hasta el punto de alojarla en su propia casa y de suministrarla todo el mobiliario y servicio al efecto; merced á lo cual quedaron vencidas todas las dificultades—y no era la menor la carencia de local—que se oponían á la inmediata realización de su deseo de ver funcionando su corporación predilecta como lo consiguió por fin en 1847.

Cómo llenó su cometido en tan difíciles cir-

cunstancias todos lo sabéis y mejor que yo podrísteis apreciarlo, los que de tan docta corporación formáis parte, que ya habéis dado público testimonio de la alta estimación que la ciencia del Marqués del Socorro os merecía cuando le hicísteis vuestro presidente al constituirse la Real Academia, le reelegísteis constantemente cuando la modificación de los Estatutos quitó el carácter de perpetuos á los cargos académicos, y finalmente, cuando la nueva ley electoral otorgó á las corporaciones sabias el derecho de enviar sus representantes á la alta Cámara, le investísteis por dos veces con el cargo de senador por la Real Academia, investidura que con el collar de Carlos III que el Gobierno de S. M. le otorgara en 1858 constituían el más preciado galardón con que el hombre de ciencia había sido recompensado por la patria en cuyo servicio tantos años se empleara.

Muchas eran las corporaciones científicas y literarias, así nacionales como extranjeras, de que el Marqués formaba parte, que siempre se hallaba dispuesto á contribuir con sus luces y recursos á la propagación de las ciencias y las artes.

Ejemplo práctico de esto, lo fué en nuestra Sociedad Geográfica. Apenas tuvo conocimiento

de que se proyectaba su fundación cuando presuroso acudió á inscribirse en la lista de sus individuos, adquiriendo también en ella la categoría de fundador.

¿Y cómo no apresurarse á formar parte de nuestra corporación, si, exceptuando la Academia de Ciencias, no había otra que por la índole de sus trabajos se amoldase más á los estudios á que desde sus primeros años se dedicara?

Efectivamente, señores, en pocas corporaciones podían tener más inmediata aplicación sus profundos conocimientos en matemáticas, física, historia natural, geología, etc., etc., que en nuestra Sociedad Geográfica, en la que continuamente estáis sirviéndoos de aquellas ciencias para complementar, por decirlo así, los estudios geográficos propiamente dichos, á los que era nuestro Marqués tan inclinado, como lo prueba, entre otros, el hecho de contener su biblioteca más de 400 volúmenes de geografía, y haber dejado entre sus papeles trabajos muy notables, ya sobre auroras boreales, con motivo de una muy notable que se observó en Madrid, ya sobre los fenómenos eléctricos que ocurrieron en la torre de San Ginés de Madrid durante una tempestad en Agosto de 1836; ya sobre el *halo* ó corona solar observada en Madrid el 29

de Mayo de 1853, ó ya sobre para-rayos con motivo de un informe acerca de un trabajo presentado á la Academia por el ingeniero señor Elice.

Cuando la antigua Academia de Ciencias naturales acordó la formación de un Diccionario científico, no sólo perteneció á la comisión nombrada para dictaminar sobre la manera de llevarlo á cabo, sino que, encargado de todas las voces correspondientes á *Geografía física*, formó un catálogo completo de estas, por orden alfabético hasta la letra Z y llevaba ya consignadas las definiciones en las papeletas correspondientes á las palabras cuya inicial es la letra A; catálogo que conservan sus herederos, así como también el de la colección llamada *de Matalinares*, valioso donativo que nuestro Marqués hizo á la Real Academia de la Historia, de 125 volúmenes sobre Historia, legislación, administración y gobierno de los países de la América meridional, obras todas que el donante había estudiado á fondo y que le proporcionaron la gran erudición sobre las Indias occidentales, que todos en él reconocían.

Por eso el Marqués del Socorro aunque no figura principalmente entre los geógrafos, sus profundos y especiales conocimientos en las

ciencias auxiliares de la Geografía, le daban entre aquellos un lugar preeminente, y su irreparable pérdida deja entre nosotros un vacío muy difícil de llenar; si bien con la esperanza de que su hijo D. José, tan competente ya en ciencias naturales, vendrá dentro de pocos días á mantener vivo el recuerdo de su ilustre padre, compartiendo con nosotros los trabajos de la Sociedad Geográfica que tan de veras participa del justo dolor que embarga á tan respetable familia.

Y si alguna idea puede mitigar nuestra pena, es la de que á la otra vida no ha llevado una sola enemistad, ni una sola lágrima de dolor vertida por su causa.

El hombre que, como indiqué al principio, deja de pertenecerse á sí mismo, para dedicarse con alma y vida al servicio de la patria, de la ciencia y de sus conciudadanos, sólo bendiciones recibe de todos los que tuvieron la suerte de admirar sus distinguidas cualidades, modestia, afable trato y caritativos sentimientos, condiciones todas que constituyen en el Marqués del Socorro una de las más brillantes páginas de la historia de nuestros más ilustres contemporáneos.—*He dicho.*



